



El campo de refugiados de Zaatari se ha convertido en una pequeña ciudad en la que los niños juegan en la calle e incluso van a la escuela. :: MIKEL AYTESTARAN

Los sirios que no pueden soñar con viajar a Europa

En Zaatari viven 80.000 refugiados que ven cada vez más lejos volver a casa y se preparan para una larga estancia

MIKEL
AYESTARAN
Enviado especial



ZATARI (JORDANIA). Mohamed nació hace 15 días. Es uno de los 5.000 bebés nacidos en Zaatari, el mayor campo para refugiados sirios y el segundo mayor del mundo, abierto en julio de 2012 al norte de Jordania, en pleno desierto. Enrollado en mantas, a presión, como las madres sirias envuelven a sus recién nacidos, descansa en la colchoneta de la casa prefabricada que su familia ha recibido como donación de Kuwait, que como el resto de países del Golfo ha entregado casas de este tipo a todas las familias. «Es el segundo de nuestros seis hijos que nace en el campo. Salimos de Siria con lo puesto, lo perdimos todo, pero de verdad que si fuera posible volveríamos mañana. Cada día que pasa nos olvidamos un poco más de cómo era nuestra vida allí y temo que nuestros hijos sean refugiados de por vida», confiesa Yalal Abunabud, antiguo empleado de gas de la compañía nacional siria, que huyó «de las detenciones masivas y los barriles bomba, era insostenible

el día a día», señala mientras acaricia en los mofletes al pequeño Mohamed. En su nueva casa no faltan la tele y la radio, sigue las noticias y sabe que el camino a Europa se ha cerrado y ahora los refugiados que llegan a Grecia son enviados de vuelta a Turquía algo que «es un gran error porque la mayoría de ellos salen directamente de Siria y lo hacen porque buscan seguridad. En los campos la vida es monótona, pero al menos estamos seguros».

Zaatari ha alcanzado los 80.000 refugiados y no seguirá creciendo. Los sirios que huyen ahora de la guerra son derivados a Azraq, un nuevo campo en el que ya hay 30.000 personas y tiene capacidad para 130.000. Los 5,2 kilómetros cuadrados de superficie, totalmente vallados y bajo la custodia del Ejército jordano, se han convertido en una especie de nueva ciudad de Siria donde sus habitantes tratan de llevar «unas vidas lo más normales posible, aunque es complicado. Venir al campo es la última opción porque no se puede vivir de forma natural», apunta Hovig Etyemezian, del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur), que se encarga de la administración de Zaatari. Este libanés de origen armenio tiene experiencia en campos de Congo, Mauritania o



Libia... «pero cada uno es diferente. Aquí los sirios quieren regresar a su país, están muy unidos a su tierra, pero si esto se alarga poco a poco esta opinión irá cambiando y no volverán».

De los 636.000 refugiados sirios registrados en Jordania, un país que tiene 8 millones de habitantes,

120.000 han optado por vivir en los campos, son los que menos recursos tienen y no pueden soñar con pagar a las mafias el dinero que cuesta viajar a Europa. Aquí deciden probar suerte con los largos trámites legales para conseguir la reubicación familiar en terceros países. Mientras tanto esperan en un campo que nació como solución temporal, pero que lleva camino de convertirse en un lugar para una larga estancia.

Zaatari está formado por población musulmana suní y el 80% procede de la gobernación de Daraa, situada al sur de Siria y escenario de la chispa del levantamiento contra Bashar el-Asad en marzo de 2011. En coche, hay apenas una distancia de media hora hasta la frontera. «Hace no mucho había una media de 150 personas que pedían salir del campo para volver a Siria cada día, ahora no son más de 40 a la semana», informa Nasreddine Touaibia, portavoz de Acnur. Los motivos para este descenso tan importante son «que las condiciones de vida han mejorado, por un lado, pero por otro debido a la entrada en escena de Rusia. Esta gente escapó del régimen y ahora ven que el Ejército, con la ayuda de Rusia, gana terreno y temen una gran operación al sur del país. Aquí nadie confía en la tregua», apunta Touaibia.

Florece el pequeño comercio

Otro de los motivos que ha frenado el regreso a Siria es el nuevo acuerdo entre Europa y Turquía ya que durante el verano los sirios refugiados en los países vecinos se jugaron la vida y volvieron a sus casas para vender todo lo que les podía quedar antes de emprender la ruta a Europa.

Casas prefabricadas –se entrega una por cada seis miembros de una familia–, once horas de electricidad, educación y sanidad garantizadas y un número cada vez mayor de pe-

queños comercios que abren sus puertas en una de las calles del campo bautizada como 'Campos Eliseos' son algunas de las mejoras que invitan a las familias a quedarse. Los sirios reciben además una asignación mensual para comprar comida de 20 dinares (25 euros al cambio) por persona, del Programa Mundial de Alimentos. Carnicerías, fruterías, tiendas de vestidos de boda, restaurantes, telefonía móvil (aunque sin servicio de 3G desde hace dos meses)... no falta de nada en un campo que es más grande que cualquiera de las localidades jordanas de la gobernación de Mafrak donde se encuentra. Los refugiados no tienen derecho a trabajar en Jordania y cada vez que quieren salir del campo necesitan un permiso especial del ministerio de Interior, un trámite que hace que muchos no salgan nunca.

«Ganas lo justo para mantener abierto el establecimiento, no se puede ahorrar», confiesa Ibrahim Al Ali, que ha abierto un local de comida rápida similar al que regentaba a las afueras de Damasco. Tiene siete hijos y dos trabajan en el negocio familiar en lugar de ir a la escuela. «Antes la gente tenía más dinero, se nota que se van acabando los ahorros», lamenta Alrazak Hariri, vendedor de fruta casado y con dos hijos, para quien la «esperanza de vivir llega a Dios, no de Europa, donde no nos quieren». Cada mañana un sirio afinado en Amán envía camiones con fruta y verdura al campamento para que se venda en estos comercios de los 'Campos Eliseos'. Omar Hamadi prueba su nueva máquina para arreglar zapatos. Descartó la opción de viajar a un tercer país desde el principio. «Tengo dos esposas y esto hace que rechacen mis peticiones de visado. Me resigno a seguir aquí, nadie está contento, pero al menos todo está organizado».